

JORNADA SOBRE INFANCIA Y ADOPCIÓN INTERNACIONAL:
ASPECTOS MÉDICOS Y PSICOLÓGICOS

**HEMOS DE EDUCAR. IDEAS PARA ACABAR CON LA
CRISIS DE AUTORIDAD Y LA MALA EDUCACIÓN**

Dr. Paulino Castells
info@paulinocastells.com
www.paulinocastells.com

“Para educar a un niño se necesita toda la tribu”
Viejo proverbio africano

Desde que se produce el nacimiento, ponderosa explosión nuclear que sucede en el núcleo de la familia original, la situación familiar se transforma para dejar paso a la nueva **pareja parental** (la **pareja conyugal** ya existía de antes).

Cada nuevo hijo –un desconocido recién llegado- obliga a los padres a modificar su programa de actuación y a desarrollar nuevas competencias.

Nos proyectamos en los hijos y, a menudo, queremos que sean “clacos” nuestros... pero aquí la función “fotocopiadora” de los padres tiene muchos riesgos, porque hemos de aceptar al hijo tal como es, con su propia personalidad, que no podemos “domesticar” a nuestra imagen y semejanza. Al respecto, el escritor libanés Kahil Gibran – autor del libro *El profeta*- es contundente: “Tus hijos no son tuyos, son hijos de la vida; puedes darles tu amor, pero no tus pensamientos; puedes abrigar sus cuerpos, pero no sus almas, porque ellos viven en la casa del mañana. Tu eres el arco del cual tus hijos son lanzados como flechas vivas”.

También, a menudo, los padres fallamos en la **sintonía emocional** que tenemos con los hijos, porque no coinciden las apreciaciones de “Quiero a mi hijo” y “Me gusta mi hijo”... aunque a veces hay que modificar conductas que ciertamente no gustan” de los hijos.

Tal como encabezaba este texto, “Para educar a un niño se necesita toda la tribu”, es decir, no sólo los padres son los únicos responsables de la educación de los hijos –pero siempre serán los primeros en ejercerla-, sino los demás familiares, el propio personal

doméstico, incluidas las canguros... además de los maestros de escuela –personajes educadores ejemplares-, el conductor del autobús escolar, los monitores de los comedores, el personal de limpieza... Todos, todos, formamos parte de la tribu. Somos la sociedad en pleno que tenemos que aceptar esta tarea educativa.

Nuestros niños necesitan **vitamina T** (“T” de tiempo de dedicación). Porque a falta de este tiempo de estar con ellos, para acompañarles, escucharles, consolarles o aconsejarles, lo canjeamos con bienes materiales (caprichos, regalos, dinero) y así mitigamos nuestro intenso sentimiento de culpabilidad por no poderles dedicar más de nuestro tiempo.

¡Claro que hoy en día es más difícil educar a los críos! Antaño había una confabulación educativa en la que, lo que se decía en casa, lo repetían en la escuela, el vecino del rellano, el tendero de la esquina y el guardia urbano del barrio... Ahora hay múltiples “modelos de identificación” para los hijos que no pasan necesariamente por los parámetros que transmitimos en el hogar. Es decir, son más bien “modelos de desidentificación”, con los cuales han de competir los padres y demás educadores.

También hemos perdido la autoridad, tanto los padres como los maestros. Sarcástico, nuestro polémico filósofo Fernando Savater, dice en su libro *El valor de educar*: “Para que una familia funcione educativamente es imprescindible que alguien se resigne a ser adulto. Y me temo que este papel no se decide por sorteo ni por una votación asamblearia. El padre que sólo quiere figurar como “el mejor amigo de su hijo” es una cosa parecida a un arrugado compañero de juegos, sirve para poco; la madre, cuya única vanidad profesional es que la tomen por hermana “ligeramente mayor” que su hija, tampoco vale para mucho más”.

Para educar hay que imponer disciplina, con objetivos claros y concretos, manteniendo coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Hay que educar con las obras (las palabras se las lleva el viento). Nuestros hijos se impregnan de educación por ósmosis. Ya que la educación la comparo con el “chirimiri” del País Vasco, que va calando día a día, a base de lo que ven los hijos en casa. De la manera que nos tratamos los padres, con las carantoñas propias de los esposo enamorados, de la manera en que tratamos a nuestros mayores, los abuelos, al personal doméstico e, incluso, a los animales de compañía. Lo que vean los hijos en casa, luego, **cuando constituyan su propia familia lo repetirán.**

La primera premisa educativa es que Los padres han de dejarse guiar por su **sentido común** (aunque a menudo es el menos común de los sentidos...). Han de decir a los hijos lo que

ellos creen que les hará bien. No importa en que sus pautas vayan contracorriente” de lo que la sociedad predica o sean consejos “no políticamente correctos”. ¡Qué no se los guarden y los suelten!

Las dos grandes herramientas educativas son **la ternura y la exigencia**. La ternura es el acoger a alguien sin reservas. La exigencia es la firmeza en las expectativas que ponemos en este alguien. Y después de la ternura, **la disciplina es la cosa más necesaria**. Porque disciplina significa enseñanza, no castigo. El niño necesita límites y la seguridad que encuentra en la disciplina es esencial. Los hijos necesitan barreras, porque encuentran seguridad en ellas. Saben que son queridos cuando un padre se preocupa por obsequiarles con una disciplina.

Por último, en este Foro dedicado a la amorosa tarea de la adopción, quiero resaltar que **todos los padres somos adoptivos**. Ya decía el sacerdote y periodista madrileño José Luis Martín Descalzo en su libro *Razones para la esperanza*: “En nuestro mundo hay muchos progenitores y no demasiados padres”.

En rigor sólo hay padres adoptivos. Toto padre y madre para sentirse verdaderamente como tales **han de adoptar a sus hijos**. Ciertamente, no es la carne ni la sangre, sino el corazón, el que nos hace padres e hijos.

Martín Descalzo nos ofrece unas turbadoras preguntas: “¿Yo quiero a mis padres porque soy hijo suyo o más bien soy hijo suyo porque les quiero?” y esta otra: “¿Y mis padres me quieren porque soy hijo suyo o se hicieron mis padres porque me querían?”. Obviamente, el autor se inclina por afirmar las segundas partes de las preguntas, es decir: **el amor es la fuente de todo, no una consecuencia de la fisiología**. Así, pues, somos padres e hijos en la medida en que amamos.

Y termino animándoles a que cada vez digan más veces a sus hijos: “Niño, esto no se hace, esto no se dice, esto no se toca”. No olviden que **frustrar es una forma de educar**. Quédense con esta preciosa frase:

Sólo se educa cuando se exige y sólo se exige cuando se ama

Bibliografía del autor de este artículo:

Hem d'educar (Columna) / *Tenemos que educar* (Península)